

La Lechona

EUSTORGIO A. CHONG RUIZ

a José Lisimeco Castillo
maestro, amigo y compañero
de luchas.

Por uno de los caminos que van a Juana Prieta, caminaba alegremente Manito Esteban. Venía del pueblo donde había vendido una lechona. Su paso era menudo y rápido, como el de los venadillos sorprendidos en los abrevaderos.

Su mano izquierdo, en la faldriquera, acariciaba un rollito de billetes producto de la venta. Un sinnúmero de pensamientos e ideas se agrupaban en su mente. Volvió a sobar el envoltorio con alegre socarronería.

Rió feliz.

Manito Esteban había robado la lechona, la negoció con el tío Goyo y tenía el dinero en sus manos. Pero, para qué? Volvió a hacer la pregunta. ¿Para qué? No tenía un cariño bueno pues, Ramona, su novia, lo había dejado por otro más rico y quizá más hombre que él. Su siembra andaba bien.... ¿por qué entonces se robó la lechona? ¿Sería porque el dueño del animalito era el "tata" de la Ramona.....? ¿Sería para quedar bien con el tío Goyo? Goyo le dijo un buen día:

—Oiga, Manito, no tiene una lechoncita de unos veinte pesos por ahí? La'ija 'ta encaprichó y quiere comerse unos chicharroncitos de lechona.....

Y él, no teniéndola, le dijo que sí. ¿Por qué no le dijo la verdad? ¿Por qué no le hizo saber que él no criaba lechonas? ¿Acaso pór presumir delante de la hija de Goyo....?

Siguió caminando.

Las preguntas ambulaban en su mente y en su cabeza y, le molestaban

El sudor corría por todo su cuerpo. Buscó su pañuelo para secarse, pero lo había perdido. Meditó. Socó su pipa.... la llenó de breva.... la encendió y, calladamente, aspiró el humo plateado.

Volvió a pensar en la desaparición el pañuelo. ¿Dónde lo dejaría? Recordaba haberlo llevado cuando salió de su casa en la mañana....

—Jummmmmmm, qué vaina!

Se quedaría enganchado en la cerca cuando se robó la lechona....?
—¡Qué vaina!

Si eso era cierto, ya se veía en la cárcel. Cuentan que en ella no se pasa mal, pero es una jodienda pasar un mes encerrado, como le pasó al Gacho Leguísamo por robarse unas dos gallinas....

—Bueno, eso naítica importa. Ya me pagó ese condenao y la Ramona el desprecio que me hicieron. Les robó la lechona de la boda.

Rió a carcajadas.

Su risa se diluyó en una mueca amarga al imaginarse a Ramona y a Miguel frente al Altar Mayor jurándose amor eterno....

—¡Maldita sea!

Sintió un cosquilleo muy dentro del corazón.

Escupió rabioso: la saliva se mezcló con la tierra menuda del camino real poseyéndola canallescamente.

Respiró hondo.

Reanudó su camino rumbo a la "mata"

.....
No había caminado mucho cuando se detuvo.

El era cristiano.

Cristo lo había dicho:

"No robarás" "No robarás"

Se asustó.

Razonó muy dentro.

—Yo no he robado.... Sólo quería vengar un desprecio.... complacer al tío Goyo. E' cierto que no tengo dinero, pero soy trabajador. Naide sabrá que ful yo.... Naide....? Y, ¿Dios? Desde el cielo, o como está en to'as

partes, estoy seguro que me vió.... ¡Ajo! Debo ir a decírcelo al Señor Cura.... Y, si el cura se lo dice al padre de la Ramona....? Y si se entera el tío Goyo? ¡Diablos, qué vaina! De seguro que Rosita, la hija de Goyo, no me volvería a mirar con esos ojitos que son todo cariños.... ¡Qué vaina, coraja!

Se detuvo bajo la sombra de un guarumo. Repasó una y otra vez su angustiada situación. De pronto, floreció en sus labios curtidos una sonrisa de triunfo junto con las palabras.

—Los curas no pue'een decir lo que los fieles le cuentan.... Eso e'.... Eso....

Sus ojos brillaron.

Su alma pareció sosegar.

¡Tenía resuelto el problema! No le diría nada al Cura.

Apuró la marcha.

.....

Pero, ¿y el pañuelo....? El pañuelo podría delatorio. Iría a la cárcel. Manito Esteban en la cárcel....! eso no podía ser! Siempre fue un hombre honrado, pacífico, bueno, trabajador y nunca había estado preso. Manito Esteban en la cárcel.... ¡Eso nunca!

—A lo mejor yo no traje el pañuelo hoy. Eso es. Jummmmm, y si lo traje? Mejor se lo digo al Señor Cura. Ansina estoy a salvo con Dios y a lo mejor Dios me ayuda a salir de este lodazol.... Jummmmm qué vaina! Iré de nuevo al pueblo y se lo contaré to'.... toítico al cura.... toítico....

- o -

Llegó al pueblo.

La tarde estaba próxima a expirar.

Las casas se proyectaban en el cielo grisosa del crepúsculo dibujando fantásticas acuarelas.

Apuró el paso:

Quería estar en casa del Señor Cura antes de que éste se fuera al Rosario.

.....

Llamó a la puerta.

—Buenas tardes, Señor Cura....

—Buends tardes, hermano. Pasa, pasa adelante, hijo y toma asiento. ¿.....Que se te ofrece.....? Quieres hablarme, verdad?

Todo era silencio. En el silencio se escuchó la última campanada de las seis seguida de un doblido repique de campanas llamando a la oración. Manito Esteban no decía nada. Pensaba. El Señor Cura se santiguó y le convidó a hablar. Fué en ese instante que Manito Esteban se deshizo en confesión:

—Me acuso, padre, porque me he robado una lechona. Se la he vendido al Tío Goyo.... que a esta hora ya le habrá cortao el gorguero.... La vendí en veinte pesos.... pa'vengar un desprecio que me hizo la Ramona, la hija de Ño Chilo..... Perdón, padre, perdón.....

El cura le miró sorprendido. Manito Esteban quería llorar. Su cara era surcos y agua. Después de una leve pausa, el Señor Cura le dijo:

—Bien hijo mío.... Es de humanos el hacer errores.... pero ya tu te has arrepentido. Eso es lo importante. Sabes bien que hay que perderse para salvarse..... Tu te has perdido en el pecado, pero puedes salvarte en el arrepentimiento.... Yo te ayudaré. Mira tienes ahí los veinte pesos de la lechona?

Rápidamente, Manito Esteban sacó de su bolsillo delantero un rollito de billetes amarrados en la punta de un pañuelo. Meditó.

—"Ajo.... vé la vaina.... aquí 'taba el pañuelo.... ¡qué pendejo soy yo!"
Dejó el envoltorio en la mesita del centro.

—Su pecado es grave, hermano. No robar, ya lo dicen los mandamientos. Con ese dinero trataremos de hacer obras de bien. Son veinte pesos. Pues bien, cinco serán para el Padre, cinco para el Hijo, cinco para los Pobres y, los otros cinco, para las Animas. ¿Estás conforme....?

Quedóse Manito Esteban con la boca abierta y presintiendo que los veinte pesos se le iban de la mano, se atrevió a preguntar.

—Y.... mí parte, Señor Cura.....?

El religioso todo bondad, todo dulzura, le miró fijamente. Después llevó su mirar hasta un hermoso crucifijo que colgaba de la pared. Sus labios se entreabrieron y se escuchó su voz.

—El perdón del cielo, hijo mío....

Abrió Manito Esteban la boca y los ojos desmesuradamente y antes de dar tiempo al cura de que se guardara el dinero en los bolsillos de su anciana y desteñida sotana, recogió el pañuelo con los billetes.

—Véa, Señor Cura.... En vista de la repartición to' me toca a mi, No?

—Qué dices, hermano....?

Entonces la voz de Manito Esteban, tímida al principio, se fue haciendo grave y fuerte, decidida e ingenioso....

—Ansína e', Señor Cura.... Porque yo seré el Padre de mis hijos, ansína que esos cinco pesos son míos.... Yo soy el Hijo de mi máma, por déso mésmo, estos otros cinco también son míos.... Usté dijo que pa' los pobres, padre.... yo también soy pobre y me quedo con los otro cinco. Y, por último, seré ánima y en vé de jechármelo en resposos después de muerto, mejor me que quedo con ellos. 'Tá bien o no 'ta bien, Señor Cura.....?

—¡.....!

Quedóse el párraco un poco contrariado por la astucia del campesino; mientras que Manito Esteban, salía a la calle, no sin antes dejar un salivón en el umbral de la puerta....

—Buenas tardecitas, Señor Cura....

Abandonaba la casa cural con el perdón del cielo y los veinte pesos de la lechona.

En la pared, el rostro dolido del Crucificado parecía sonreír.
Parecía sonreír.